

CAPÍTULO VIGÉSIMO:

ESTADO CRÍTICO

Seiza abrió los ojos.

Le dolía la cabeza. Pensó que probablemente tendría un chichón, o quizás un corte. Aún aturdida, se llevó la mano izquierda a la frente, el punto que más le dolía, en un intento de privarse de parte del sufrimiento.

Su frente estaba demasiado mojada...

Rápidamente, Seiza separó su mano de la cabeza y la miró. Sus dedos mostraban unas manchas rojas en los puntos que habían tocado su frente.

Seiza se giró para mirar a su alrededor, y encontró en el suelo un cubo, un pequeño bidón metálico, cerca de donde había estado su cabeza mientras ella estaba inconsciente. Razonó que le habían lanzado el bidón a la cabeza, y después el bidón había rodado hasta su posición actual.

Y le habían causado heridas graves en la cabeza.

Tal vez sólo su resistencia Jedi había permitido que despertase antes de morir. Pero, ¿cuánto tiempo le quedaba?

Seiza parpadeó una vez con sus largas pestañas y observó algo que le había pasado desapercibido. Volvió a parpadear, y después casi cerró los ojos, forzando su visión para adaptarla a la oscuridad que la rodeaba.

¿Qué era lo que había dentro del bidón? ¿Qué era ese rastro que el bidón había dejado por el suelo?

Seiza se agachó y, con los dedos de su mano derecha, la mano que aún estaba limpia, recogió un poco de la sustancia líquida que había salido del bidón. El color de las manchas era similar al color de las otras manchas.

Ella acercó a su nariz estas nuevas manchas y las olió. El olor era muy intenso, muy fuerte... Probablemente un disolvente o algo parecido. Después, se olió los dedos de la mano izquierda. El mismo olor.

Se acercó al cubo, cuya tapa estaba abierta. Observó entonces que, efectivamente, el cubo estaba abierto y de él había surgido su contenido carmesí.

Seiza resopló aliviada. No estaba sangrando tanto como creía: El cubo se había abierto cuando le golpeó la cabeza, y la había manchado de disolvente. Por supuesto, ella tenía al menos un corte en la frente, y el disolvente que entraba en él no le proporcionaba ningún beneficio.

-Y ahora que ya sé cómo estoy y dónde estoy -pensó Seiza-, ¿dónde están los demás? Hoox y ese cazarrecompensas? Si Hoox ha vencido, ¿por qué no está aquí? Y si ha perdido, supongo que soy la última esperanza del sector.

Seiza se fijó en que la puerta estaba abierta, y era seguramente la mejor salida; los cazas en que ella y Hoox habían llegado, seguían en el hangar.

-La puerta entonces.

En cuanto dejó el hangar, sintió una punzada de dolor en el corte de su frente y volvió a llevarse la mano allí. El cambio de ventilación, pensó. Seguramente habría aire acondicionado en el pasillo, o algo parecido.

No tenía tiempo que perder en esas elucubraciones. Se concentró en ignorar el dolor y en buscar pistas. Su cadena de pensamientos la había llevado a suponer que Hoox y el cazarrecompensas habían salido al pasillo pero, ¿después qué? ¿Adónde fueron?

Manchas en el suelo.

Y en las paredes.

Pequeñas explosiones.

Seiza sonrió un instante y después siguió el rastro. Encontró restos de un arma que parecía haber explotado... No era fácil que alguien como Hoox pasase desapercibido. Bastaba con seguir las columnas de humo.

Hasta que encontró una puerta semiabierta con un agujero perfectamente redondo en el centro. Sólo un sable de luz podría haber hecho ese agujero. Sin pensar que habría podido ser Darth Ksar, Seiza empujó la puerta hacia un lado y entró.

Vehículos repulsores. Al fondo había un montón, todos estabulados. Excepto uno de los andenes, que estaba vacío, todos los demás tenían su vehículo preparado para hacer una escapada rápida.

Y Hoox, claro.

El imperial estaba tumbado en el suelo, boca arriba. Tenía los ojos cerrados y una vibrohacha cerca de su mano.

-¡Hoox! -dijo Seiza, la alegría visible en su voz. Corrió hacia él, y entonces pudo ver el resto.

Había perdido mucha sangre. Su estómago y sus piernas estaban teñidos de rojo, y esta vez era sangre de verdad. Tenía un dardo clavado en todo el corazón.

-No -dijo Seiza, asustada y retrocediendo un poco. Se acercó al almirante, se arrodilló junto a él y sostuvo su cabeza con las dos manos. Los ojos de Seiza se empezaron a llenar de lágrimas que, deslizándose por sus mejillas, caerían en el cabello negro de Hoox.

Seiza se esforzó por sentir en la Fuerza la presencia de Hoox. Ella deseaba realmente que siguiese vivo, y no le permitiría morir, aunque ya hubiese muerto.

-No puedes hacerme esto, Hoox -susurró-. Yo...

Seguía vivo.

Esa chispa que Seiza había sentido era inconfundible. Hoox seguía vivo. Quizá fuese su autodeterminación, su voluntad, o sus poderes del lado oscuro, pero seguía vivo.

Claro que no seguiría vivo mucho tiempo si Seiza no hacía

algo.

-Un medpac, rápido -pensó ella-. Tiene que haber alguno por aquí. No puedo conseguirte un tanque bacta Hoox, pero estabilizaré tu condición, y después te curaré.

Seiza miró a su alrededor. No encontraba medpacs por ninguna parte, hasta que se le ocurrió fijarse en los transportes.

-Si tengo suerte... -pensó, acercándose a uno.

Efectivamente, como medida de seguridad, cada transporte llevaba un medpac. Seiza cogió cuatro y escondió tres en su ropa; el último lo llevaba en la mano. Se acercó a Hoox y observó con atención su cuerpo inconsciente. Un dardo clavado cerca del corazón, pero ese maldito proyectil estaba abriéndose camino lentamente. También observó la ropa de Hoox: Empapada en sangre, pero con un único corte grave, justo en el vientre.

-Respecto al dardo -pensó-, no puedo hacer nada, al menos por ahora, y sólo espero que no haya penetrado demasiado hondo todavía. Pero el estómago parece una herida de vibrohacha normal. Bastante profunda, pero normal.

No queriendo desabrochar la ropa de Hoox, Seiza se limitó a romperla para poder tener acceso a la herida. Había perdido mucha sangre, y si no hubiese sacado la vibrohacha, habría muerto horas atrás. Ahora tenía una oportunidad.

Ashla había insistido en que Seiza aprendiese al menos las nociones básicas de medicina para realizar curaciones en condiciones de combate. Con un medpac, eso no iba a ser muy problemático, pensó ella.

Seiza cogió un desinfectante y empezó a aplicarlo sobre la herida. Ella sabía que el proceso completo podía llevarle varios minutos, o más si su propia herida no dejaba de molestar.

Antes de que el desinfectante hubiese terminado de ser aplicado, cinco alienígenas insectoides aparecieron en la puerta semiabierta, siseando y agitando sus pinzas. Seiza desenfundó una pistola bláster que debía llevar oculta en algún lado, y disparó cinco veces, acertando siempre en la cabeza de uno de los insectos.

-No tengo tiempo para esto -pensó Seiza y, enfurecida, se levantó del cuerpo de Hoox y se dirigió a una terminal de ordenador desde la que se controlaban las idas y venidas de los trenes subterráneos. Ella empezó a teclear, realizó cuatro trucos que Halkias le había enseñado, y los efectos se hicieron notar en los computadores del mismísimo Manendra.

Manendra estaba enfadado.

Las cámaras en el lugar donde estaban los intrusos... se habían apagado. Esa hembra había logrado interferir la señal.

Después, uno de los trenes subterráneos había salido. De

todas las señales que el tren debía emitir... no se recibía ninguna.

-Está claro lo que pretenden -pensó Manendra-. Ha huído al único lugar de Stige que no puedo tener vigilado: Los túneles entre los complejos. Cree que, como logró ocultarse allí una vez, ahora también podrá hacerlo. Pero no me costaría nada enviar tropas en su búsqueda...

Manendra siguió pensando.

-Búsqueda -pensó-. ¿Y si la encuentran? Ni los kreogans, ni los insectos, ni nada de lo que puedo lanzarles, lograría hacerles frente. El cazarrecompensas está muerto, aunque logró acabar con uno de los intrusos. Sólo alguien como Darth Ksar puede vencerla... Aunque la respuesta a mi dilema es obvia. Cuando mis tropas la encuentren, serán sacrificadas, pero yo obtendré la posición de esa hembra, y podré enviar a Ksar.

Antes de dar la orden de salida a sus tropas, Manendra tuvo otro pensamiento.

-Por supuesto, podría ordenar a las tropas del complejo 1 que saliesen en su búsqueda. Pero esa hembra ha tenido ocasión de colocar una trampa en los trenes subterráneos del complejo 1. No me sobran tropas. Tendré que mantener las del complejo 1 en el complejo 1.

Seiza seguía en el complejo 1, al lado de los trenes subterráneos. El tren que había salido por las vías, explotaría dentro de un rato. Pero a ella no se le había ocurrido intentar mover a un herido, sólo hacer que Manendra lo creyese.

-No es dónde estoy -pensó-, sino dónde puedo estar. Ya no me ves, y ahora... sólo soy tus miedos.

A fin de cuentas, era más o menos lo mismo que había hecho tantas veces contra Hoox para ponerle nervioso y obligarle a cometer errores.

Después, cuando estuvo razonablemente segura de que Manendra consideraría tabú esa habitación, volvió a mirar a su paciente.

Estaba despierto.

Seiza se acercó a él. Hoox intentó levantarse, y un dolor inhumano le desgarró las entrañas como si alguien hubiese echado vinagre sobre sus ya graves heridas. Seiza aceleró su paso, preocupada, y se acuclilló junto a él.

-Estás malherido -dijo Seiza.

-Rougem... -logró decir Hoox, con los ojos vidriosos y cara de gravedad-. D... Dardo explosivo...

-Mira, estás sangrando mucho -dijo Seiza, tomando un poco de la sangre que le había caído en el vientre y, en menor medida, en el pantalón-. Hay que detener la hemorragia.

Hoox giró un poco la cabeza para mirar a Seiza. Podía ver en su preocupado rostro una herida en la frente y un montón de líquido rojo que, igual que había hecho ella al

principio, tomó por sangre. El líquido rojo le cubría una mejilla y le manchaba un lado de la ropa.

-Pues tú no te has mirado al espejo -parecía decirle con la mirada.

Seiza sonrió al comprender lo que estaba pensando.

-Tranquilo, sólo tengo un corte en la cabeza -le dijo-. Lo demás creo que no es mío.

Seiza aplicó un poco más de desinfectante sobre la herida. Hoox sintió el deseo de gritar, de rugir como una fiera y de blasfemar lo más alto posible. Apretó los dientes y no lo hizo. Después de todo, estaban en la guarida de su enemigo.

-No te preocupes tanto -dijo Hoox-. Es una herida superficial.

-Para ser superficial -replicó Seiza-, has perdido mucha sangre.

-Puedo con eso -insistió él-. Es el dardo lo que me preocupa.

Seiza miró el dardo, y compartió su preocupación. Era un dardo explosivo, y estaba muy cerca del corazón. Si ella intentaba sencillamente arrancárselo, el dardo explotaría, y en un punto tan importante, le mataría al momento. Pero, si el dardo seguía en su sitio, su pequeño cerebro electrónico le haría avanzar poco a poco, hasta que Hoox muriese igualmente.

-Realmente -pensó Seiza-, no hay asesino más peligroso que una máquina.

De todos modos, la herida del vientre era igualmente problemática, quizá incluso más. Además, era la única que Seiza podía curar en ese momento, con sólo un medpac.

El vendaje no era perfecto, pero funcionaría, al menos por el momento. La condición de Hoox no empeoraría ya con facilidad, excepto por el dardo.

-Tenemos que marcharnos... -dijo Hoox, que no entendía que Manendra no hubiese enviado ya a alguien a por ellos.

Seiza comprendió que tenía razón. Antes o después, Manendra enviaría a alguien a comprobar esos trenes, o sencillamente volaría la habitación para asegurarse de que no fuese un problema. Además, probablemente Hoox ya podría caminar, al menos un poco.

Asintió con la cabeza y pasó su brazo sobre los hombros de Hoox para ayudarlo a levantarse. El almirante rechazó su oferta con un agresivo, aunque no despectivo, gesto de su mano.

-Puedo solo -dijo.

Con visible esfuerzo, Hoox se incorporó, y después, apoyándose en las manos, se levantó. La verdad es que la cura del vientre había sido bastante chapucera, y Seiza empezó a temer por él. Si se excitaba demasiado, el dardo avanzaría aún más rápido.

Pero el almirante se puso en pie cuan alto era. Seiza comprendía la titánica fatiga que esto significaba para él, y también que un hombre tan orgulloso nunca le pediría ayuda.

Aunque la necesitase.

Seiza se acercó a él y volvió a agarrarle por la espalda.

-He dicho... -empezó a replicar Hoox, pero de pronto Seiza le interrumpió.

-¡Cállate! -dijo ella, alzando el tono de su voz y mirándole a los ojos; como ella estaba casi abrazándole, sus rostros estaban más cerca de lo que estarían en una conversación normal-. Puedes hacerlo solo, tú siempre lo has hecho todo solo. Pero ahora escúchame bien: No tienes que hacerlo todo solo. No tienes que estar solo. Ya no estás solo, Hoox. Voy a ayudarte, quieras o no, y no podrás impedírmelo. Porque...

Seiza se detuvo antes de continuar.

-Bien, es suficiente -añadió tras una pausa-. Empieza a moverte.

Ambos caminaron como uno, Seiza ayudando a Hoox. Cada paso que daba Hoox era una punzada en su estómago, pero no se atrevía a discutir con Seiza.

El conducto de ventilación era bastante amplio para poder estar sentados con cierta comodidad.

La entrada había sido un cuadrado de menos de un metro y medio de lado, y se extendía en interminables túneles metálicos con esas dimensiones. Hoox no tenía ni idea de dónde estaban, pero Seiza parecía estar bastante segura de saberlo.

-¿Te quedarás aquí? -dijo Seiza.

Hoox no estaba en condiciones de ir a ninguna parte y, de hecho, ya había resbalado y caído al suelo un par de veces mientras reptaban por los túneles (un giro casi acrobático le había impedido caer sobre el dardo).

-¿Qué vas a hacer tú? -preguntó Hoox.

-Vuelvo en seguida -dijo ella-. Necesito unas cuantas cosas.

Hoox estaba bastante sorprendido pero, antes de que pudiese decirle nada, Seiza estaba alejándose por los túneles, reptando. Ya había girado una esquina cuando él levantó una mano en su dirección.

-Seiza, vuelve... -susurró Hoox, a sabiendas de que ella no podía oírle-. Por favor... Te necesito...

Seiza no estaba tan lejos como para no haberle oído.

Hoox era feliz.

Era mucho más joven, y ni siquiera había ingresado en el ejército todavía, pero era feliz. Estaba limpiando los excrementos del ganado, pero era feliz.

Él tenía razón, y siempre la había tenido.

Desde su nacimiento, había sido distinto. Un hijo no deseado, se había ganado constantes palizas de sus padres. Los otros niños siempre le habían rechazado en sus juegos. Sus maestros siempre le habían dado pésimas calificaciones. Y, por supuesto, esto había provocado más palizas.

Hoox llegó a descubrir por qué no sacaba buenas calificaciones, y comprendió a sus maestros: Si él era considerado un gran estudiante, sería enviado a un centro de estudios especial bajo la supervisión de un Moff. Sus padres y antiguos maestros serían retenidos como rehenes, y ejecutados si el rendimiento de Hoox bajaba de un mínimo. Ante tal riesgo, los maestros no querían genios a su cargo.

Hoox podía comprenderles, pero no perdonarles. Hoox no podía dejar de odiar.

El Imperio gobernaba Junagadh con puño de hierro, pero Hoox descubrió datos sobre los jedi, e incluso sobre los sith. Datos que probablemente el emperador habría preferido que hubiesen sido destruidos.

-¿Y si yo...? -se preguntaba Hoox.

No tenía sentido, pero se lo preguntaba.

Por supuesto, el mejor modo de aprender los caminos de la Fuerza, incluso en el lado oscuro, era con un maestro. Ninguno había disponible.

Entonces, descubrió el lado oscuro de la Fuerza. Tenía sólo tres componentes: Odio, miedo y agresividad. En la infernal vida que había tenido el joven Hoox, esos tres componentes habían abundado. Además, él era resuelto y no se le daba bien abandonar.

Consiguió una pistola bláster y se disparó en la rodilla. Necesitó grandes dosis de rabia y frustración para alcanzar su puerta. Pero después, empezó a pillarle el truco. Pensando en toda la gente a la que odiaba, pudo echar a correr.

Y corrió, veloz, durante mucho tiempo, mientras la herida de la rodilla empezaba a desaparecer. Cuando regresó a su casa, había anochecido.

Se ganó otra paliza, y la tarea de limpiar excrementos de ganado del terreno, pero empezó a sonreír. Oh, sí, él tenía ese don que incluso el emperador había llegado a temer.

Encontró un frasco de cristal entre los excrementos. Lo sostuvo en su mano, y cerró el puño, convirtiendo el vidrio en un millón de fragmentos que se clavaron en su carne más profundamente cuanto más fuerza hacía él. Pero no sentía nada. Sabía que estaba herido, y que debía sufrir pero, gracias al lado oscuro, controlaba su Fuerza interna.

Dejó escapar de sus labios una carcajada.

Cuando sus padres le preguntaron qué motivo había encontrado para reír, él no respondió. Sabía que le darían otra paliza, pero ya no la sentiría.

De todos modos, Hoox ya estaba planeando su futuro. En un par de años, mentiría sobre su edad para poder alistarse en

el Ejército. Lo que él había conocido era un mundo que no podía, que no debía ser libre. Un buen sistema de gobierno debería impedir que se maltratase a un niño, y Hoox estaba dispuesto a herir a un adulto, o incluso llegar más lejos, para conseguirlo. La Antigua República no había funcionado, y en sus tiempos muchos niños eran incluso esclavizados. Pero el Imperio, un gobierno fuerte y enérgico al que no asustase tener que tomar cierto tipo de medidas provisionales hasta que la población comprendiese...

Sí, él podía hacer eso.

Y lo haría.

Era feliz.

Hoox despertó al oír un sonido cercano a él. El imperial podía quedarse dormido con facilidad cuando lo necesitaba, pero su sueño era increíblemente ligero; el zumbir de insecto podía despertarle.

En esta ocasión, no había sido un insecto.

Era Seiza.

En su mente, Hoox estaba sonriendo. Seiza había vuelto. Su lógica le decía que debía temer por su vida: Si Seiza había logrado acabar con Manendra ella sola, seguramente volvía a ser enemiga del Imperio. No habría olvidado lo que Hoox le había hecho en su nave insignia. Tal como estaba él, totalmente indefenso, Seiza sólo necesitaba un movimiento para matarle.

Pero no podía temerla.

El almirante la miraba con atención, fijándose en lo poco que le permitía ver la iluminación que entraba por algunas rejillas de ventilación. Seiza tenía que avanzar a cuatro patas por el túnel. Qué bien le quedaba ese absurdo uniforme imperial, demasiado grande para ella y que ahora mostraba algunas manchas y cortes, como si hubiese estado en una pelea.

Intervino entonces la lógica: Seiza ha estado en una pelea, y ha sobrevivido. Si ha matado a Manendra, y esto apunta a que sí, Hoox corría peligro. Esta cadena de pensamientos no prosperó. Hoox desechó conscientemente ese pensamiento.

Se fijó en el rostro de Seiza. Ese rostro delgado y con la barbilla ligeramente puntiaguda. Su cabello castaño, que parecía negro en la semioscuridad, seguía recogido detrás de la cabeza en esa especie de moño, pero un mechón se había escapado del peinado oficial y ahora se deslizaba ante su ojo derecho, moviéndose un poco hacia los lados mientras ella avanzaba. Su frente y su cabello seguían manchados por el disolvente rojo, pero ahora se notaba menos porque el líquido había empezado a secarse y a desaparecer de un modo u otro. La herida que tenía en la frente se había abierto un tanto y, aunque no era grave, seguro que a ella le molestaba mucho siquiera un roce.

Hoox la miró a los ojos. Esos ojos rodeados por larguísimas pestañas que se negaban a parpadear. Esos ojos ovalados y color verde con pigmentos de miel cerca del iris, que él conocía tan bien. Esos ojos que le devolvían la mirada, tal vez con la misma intensidad con la que él los miraba.

Hoox se fijó entonces en que los labios de Seiza (grandes, aunque no demasiado; sólo hasta el punto de resultar atractivos) estaban temblando, sobre todo el inferior. Ella se estaba acercando a él, reptando, sin decir una sola palabra y sin dejar de mirarle a los ojos. Él tampoco dijo nada, pero se sentía nervioso, y cada vez más cuanto más cerca estaba ella.

Seiza avanzó más aún, aproximando su rostro al de Hoox. Pasó una de sus manos hasta el otro lado de las piernas del imperial, y acercó aún más sus rostros.

Ella le miró a los ojos desde una distancia inferior a una pulgada. Sus labios estaban entreabiertos, ofreciéndose para una exploración. Ella acercó un poco más su boca y...

-¡¡¡Yaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaarrrrrrrrrrgggghhhhhhh! - gritó Hoox con toda la fuerza de sus pulmones.

Seiza retrocedió y se sentó a la derecha del almirante. En una mano, la Jedi sostenía un aparato médico parecido a un cuenco. Este artefacto había logrado arrancar el dardo que Hoox tenía en una situación tan delicada. Ahora, el dardo estaba en el interior del cuenco, y éste se había cerrado con una placa de transpariacero para impedir la explosión cuando la punta estuviese en contacto con el aire.

La otra mano de Seiza, la izquierda, sostenía la mano derecha de Hoox con mucha más calidez de la que cabría esperar. El almirante, presa del dolor que le había provocado todo esto, no pudo impedir que una lágrima le cayese por la mejilla.

Seiza le miró y vio la lágrima.

-Hoox, estás llorando -le dijo.

-L... Lo sé -respondió Hoox.

-Creí que preferirías secarte las lágrimas rápidamente antes que permitir que te vieses llorar -dijo Seiza.

-Estamos en condiciones de combate -replicó Hoox-. No me secaré. Aún me quedan cuatro sentidos, y mis manos estarán secas.

Seiza elevó sus pupilas y negó con la cabeza. Dejó en el suelo el instrumento médico, y tomó la mano de Hoox con sus dos manos. La levantó un poco del suelo. Él no opuso resistencia.

-Lamento haberte gritado -le dijo.

-Lamento haber tenido que acercarme así -dijo ella-. Necesitaba que acelerases tus pulsaciones para que el dardo avanzase más deprisa. Era la única forma de extraerlo.

-Pues ha sido todo un éxito -respondió él.

Seiza reprimió una sonrisa.

-Ahora debes descansar -dijo ella con un tono melodioso y calmado-. Debes dar a tu cuerpo la oportunidad de recuperarse.

-No puedo permitírmelo -replicó Hoox-. Aún no estamos a salvo. Hay que vigilar por si llegan más...

-Yo haré la primera guardia -le interrumpió ella, acercando de nuevo sus rostros.

-No, yo... -insistió Hoox, intentando erguirse.

-Duerme -dijo Seiza, y situó dos dedos sobre la frente de Hoox.

-¿Dónde está? -rugió Manendra-. ¿¿Dónde!?

Darth Ksar creía estar relativamente cerca de él, pero con alguien con los poderes mentales de Manendra, no podía asegurarlo. El hombre parecido a una gárgola había cruzado sus brazos de un modo extraño que le permitían sus codos dobles, y esperaba instrucciones con su sable de luz colgado del cinto. No veía a su amo, pero podía oírle con claridad.

-Ninguna de las tropas logra localizarla -insistió él-. ¿Por qué? Estamos peinando todos los túneles. ¿Cuán lejos ha logrado llegar? ¿Acaso posee un transporte automatizado para moverse entre los túneles?

Ksar sólo podía percibir las emociones de un demente, obsesionado por su propio absurdo.

-¿Cómo puede hacerlo?

Ksar decidió intervenir. Descruzó los brazos y llamó la atención del psíquico.

-Si mi amo me disculpa -dijo-, se me ocurre alguna cosa.

Los ojos mentales de Manendra dejaron de dar vueltas en círculo y apuntaron directamente a Ksar.

-No sabemos dónde está -dijo Darth Ksar-, pero sabemos dónde estará. Sabemos adónde irá. Si yo fuera usted... Bueno, ya habría empezado a preparar la defensa.

-Sí... -dijo Manendra-. Sí, eso tiene sentido.

-Está claro quiénes compondrán esa defensa -continuó Ksar-. Creo que voy a ir avisándoles mientras usted...

Ksar se giró y se dirigió hacia la puerta.

-...pierde el tiempo rastreando el vacío -terminó la gárgola con un pensamiento.

-Te he oído -dijo Manendra en voz alta.

-Entonces también estás oyendo esto -pensó Ksar con cierta intensidad mientras una sonrisa iluminaba su deforme boca-. En este momento, me necesitas demasiado para castigarme por un pensamiento fortuito.

Ksar se alejó y la puerta se deslizó para cerrarse a su espalda.

Manendra estaba realmente enfurecido.

Hoox se despertó.

Él se negaba a permanecer dormido. No sabía cuánto tiempo

estaban perdiendo, y no sabía cuánto tiempo iban a tardar en el enfrentamiento contra Manendra, así que se obligó a abrir los ojos.

-¿Qué me ha hecho Sei...? -empezó a pensar, pero entonces la vio.

Ella estaba acucillada, a unos doce pasos de la posición de Hoox. En ese punto había una rejilla de ventilación a la altura de sus ojos, y ella estaba observando, vigilando... Hoox podía oír los sonidos que venían de allí; probablemente esos insectos, peligrosos y estúpidos, con su mentalidad de colmena, que jamás lograrían ver a Seiza.

Pero él sí que podía verla. Sí, la veía muy bien.

Él se perdió en la contemplación. Observó que Seiza había soltado su cabello, y ahora su melena castaña le caía por la espalda, llegando hasta su cintura. Se fijó en su perfil, y en esa nariz pequeña y redonda que estaba volviéndole loco.

-No... -pensó Hoox mientras giraba su cabeza para mirar hacia el suelo-. No pienses en ella de este modo... Esto me hará débil...

Hoox debió haber susurrado algo porque, en ese momento, Seiza giró su cabeza para mirarle. Una parte de su melena se movió, ondeándose al viento, y ella sonrió.

-Estás despierto -dijo Seiza mientras se acercaba a él-. ¿Cómo te encuentras?

-Estoy listo para enfrentarme a Manendra -afirmó él con decisión.

Seiza le sonrió y resopló un poco por la nariz, anulando así una risa. Ahora que estaba más cerca, Hoox pudo ver que la herida de su frente ya había cicatrizado, aunque quedaba la costra. También pudo oler el bacto que ella se había aplicado.

-No, no estás listo -dijo Seiza-. No trates de engañarme. Puedo sentir tu estado.

-Seiza, no podemos permitirnos perder más tiempo -protestó Hoox.

Ella dejó de sonreír. En cierto modo, él tenía razón. Seiza consultó su cronómetro personal y llegó a una conclusión.

-Una hora, Hoox -dijo-. Una hora y nos vamos. Para entonces, creo que ya estarás lo bastante bien.

Hoox asintió con la cabeza y gruñó. Al parecer, no iba a pasar esa hora durmiendo.

-Hoox -preguntó Seiza.

El almirante la miró, e hizo todo lo posible para impedir que se notase cómo la estaba mirando.

-Tu nombre es R.J. Hoox -empezó ella-. Es conocido en todo el sector; eres la persona más poderosa de esta parte de la galaxia. Pero, ¿qué significa "R.J."?

Hoox no dijo nada; esa pregunta le había cogido con la guardia baja.

-Nadie lo sabe -dijo Seiza-, y la verdad es que tengo... mucha curiosidad.

Hoox miró a Seiza y después revisó los alrededores, nervioso. Parece que no quisiera que nadie supiese esa información.

Reptó hacia ella y acercó sus labios a su oreja. Cubrió la distancia entre ambos con las dos manos, formando un túnel de vacío, y le dijo su nombre completo.

Ella sonrió y se llevó una mano a la boca para reprimir una carcajada. Él dio un paso atrás y la miró, con un leve reproche.

-¿En serio? -preguntó ella, sin perder su sonrisa.

Él asintió con la cabeza.

-Creo que seguiré llamándote Hoox -dijo ella.

-Será lo mejor -respondió él.

Ambos oyeron un sonido, filtrado a través de las rejillas de ventilación. Seiza, que estaba en mejor estado, se acercó a la rejilla de la que había venido el sonido para comprobar qué pasaba.

Y, cuando Hoox estuvo seguro de que Seiza no estaba mirando, él también sonrió. Le gustaba el sonido de la risa de Seiza.

Ésta regresó a su lado poco después y se arrodilló junto a él.

-Falsa alarma -dijo-. No eran tropas enemigas y no hemos sido descubiertos.

Hoox asintió con la cabeza.

-¿Qué hiciste cuando me dejaste aquí? -preguntó Hoox.

-Cuando fui a por el equipo médico para curarte, quieres decir -dijo Seiza.

Hoox asintió de nuevo y ella continuó.

-No hay mucho que contar -dijo-. Interferí las señales informáticas de las zonas por donde iba a pasar. No me encontré con tropas enemigas, pero alteré las percepciones de los civiles para que no me viesan.

-Manendra podría averiguar dónde has ido, entrando en las mentes de esos civiles -dijo Hoox.

-Si supiese cuáles eran, sí -dijo Seiza-. Pero no lo sabe, y tardaría mucho en revisarlos a todos. No le sirven sus kreogans para estas cosas.

-¿No te encontraste con Darth Ksar? -preguntó Hoox.

Seiza movió la cabeza negativamente y Hoox se fijó en lo que podía ver de su melena que no le tapase su cuello.

-Eso significa que tendremos que enfrentarnos de nuevo a él -dijo Hoox.

-¿Y el tipo que te hirió? -preguntó Seiza-. ¿Cómo se llamaba? ¿Rougem?

-Está muerto -dijo Hoox.

-Oí hablar de él. ¿Quién era? -preguntó Seiza.

-Un cazarrecompensas -respondió él, empapado en sudor-. Apareció hace tres años, y nadie sabía quién había sido

antes. Pero eso es normal entre cazarrecompensas, y en esos casos es mejor no investigarlos y dejar que sus capturas hablen por ellos. Nadie sabía mucho de él. Pero...

-¿Tú llegaste a reconocerle?

-No en persona. Pero reconocí algunos de sus movimientos de combate. Era un arte marcial secreta, y sólo un reducido grupo aprendía a usarla. Su velocidad, su confianza, su habilidad... todo cuadra. Rougem había estado en la guardia imperial de Palpatine, el cuerpo de hombres más peligrosos de la galaxia.

-Entonces, tú eres un gran luchador. He oído que ningún guardia imperial ha muerto jamás en combate.

Hoox la miró como si hubiese dicho una estupidez enorme. Eso eran los cuentos que los viajeros del espacio soltaban en las cantinas. Ella le comprendió, se sonrojó y miró su cronómetro. ¿Cuánto faltaba para que acabase esa hora?.

Hoox no pudo evitar sonreír al ver lo hermosa que se ponía Seiza cuando se sonrojaba. Parecía una flor. Para ser exactos, una Commelina.

Fin del vigésimo capítulo

CRÉDITOS

Star Wars: In nomine stellaris.

Una publicación independiente de Vanesa Pizarro y Jorge J. Rodríguez para www.loresdelsith.net y www.sithnet.com

Para contactar con los autores escribe a: in_nomine_stellaris@hotmail.com

© 1999 de los autores.

Star Wars - La Guerra de las Galaxias es © 1977 de George Lucas.

Impreso en España - printed in Spain.